

## Editorial

Con unas breves palabras introductorias deseamos dar la bienvenida a nuestros lectores, con la esperanza de poder transmitir conocimiento científico, ofreciéndoles en estos textos un mensaje que pueda al menos esclarecer lo mejor posible, un momento de la historia de la humanidad que se desarrolló en Iberoamérica; desde aquellos lejanos tiempos en que arribaron al continente americano los primeros miembros de la Compañía de Jesús hasta que sufrieron la expulsión, supresión y reincorporación al mundo católico.

Seis jesuitas con el P. Manuel de Nóbrega como superior, zarparon de Lisboa en 1549, en la flota del primer gobernador general del Brasil, quien promovió las Ordenanzas de Juan III sobre el apostolado con los indios a través de los “aldeamientos”. Así nació en 1553 la provincia de Brasil y se fundó la aldea de Piratininga (hoy San Pablo), instituyéndose su Colegio Máximo al año siguiente. Pronto y desde 1557 se expandieron estas “aldeias” por Bahía, alcanzando a once en pocos años. Y se convirtieron en las primeras expresiones reduccionales donde intervinieron los jesuitas, aunque no con mucho éxito. Pero el intento ganó experiencia en los misioneros.

La llegada de jesuitas a la América hispana tardó un poco más, e incluso el mismo San Ignacio no pudo ver concretado aquel anhelado proyecto que llevó adelante San Francisco de Borja. Corría el año 1566 cuando los PP. Pedro Martínez, Juan Rogel y el catequista Francisco Villarreal arribaron a las costas de La Florida. El primero fue protomártir jesuita, pero ante la adversidad, los jesuitas continuaron enviando nuevas expediciones, llevando su apostolado hasta el Potomac. Pero la posterior muerte de nueve misioneros hizo desistir a los ignacianos de aquella misión.

Volvieron a América 1567 en la persona del P. Jerónimo Ruiz de Portillo como provincial de las Indias Occidentales, junto a otros siete jesuitas provenientes de diversas provincias españolas. Llegó a Lima al año siguiente e inició el colegio de San Pablo, mientras que entre 1570 y 1605 se crearon otros colegios y las doctrinas o parroquias de Huarochiri, del Cercado y Juli, en la llamada provincia del Perú que abarcaba de Panamá a Tierra del Fuego.

No poco fue el interés de San Francisco de Borja en América, y continuó empeñándose en enviar jesuitas también a Nueva España. Para 1572 el P. Pedro Sánchez de Canales fue designado primer provincial y partió a su destino con otros 15 acompañantes. Al año siguiente fundaron el colegio de San Pedro y San Pablo, convertido en el más importante centro de estudios de humanidades, filosofía y teología.

Estas serían las primeras corrientes evangelizadoras jesuitas en América, y que se extendieron luego hacia otras regiones creando innumerables centros misionales y educativos que tuvieron una enorme gravitación en la historia colonial de todo el continente. Con aciertos y extravíos en su labor, también con altibajos, pero con una profunda vocación de renuncia y entrega hacia el otro, siempre tuvieron el apoyo de las monarquías ibéricas, hasta que se coronaron reyes, José I de Portugal y Carlos III de España. El primero los expulsó en forma graduada entre 1755 y 1760 y el segundo entre

1767 y 1768, siendo todos deportados a los Estados Pontificios hasta la supresión canónica de 1773.

La Compañía de Jesús sufrió una injusta agonía letal hasta el 7 de agosto de 1814 en que el Papa Pío VII firmó la bula *Sollicitudo Omnium Ecclesiarum* y unos días después se volvió a celebrar la Eucaristía en la emblemática iglesia del Gesú, presidida por el mismo pontífice. El Santo Padre le entregó el documento al provincial Luigi Panizzoni y luego, los casi todos octogenarios sacerdotes sobrevivientes, fueron a besar reverentemente los pies del siempre recordado Papa. Los años siguientes no fueron menos duros y el restablecimiento se convirtió en una ardua tarea de décadas de trabajo infatigable.

Pero es este extenso período, el de la antigua Compañía de Jesús, al que está dedicado nuestro trabajo en esta publicación que hemos elegido por nombre el monograma trilitero o trigrama de Jesús, que tanto ha identificado a la Compañía de Jesús, aunque de ninguna manera los ignacianos lo hayan concebido. Muy lejos de eso, tiene su origen mucho antes que naciera el Instituto, en la abreviatura griega del nombre Jesús, es decir IHΣΟΥΣ o IHCOYC cuya abreviatura era IHΣ. Pero en los manuscritos latinos la *sigma* fue reemplazada por la S, dejando la *eta* griega por ser igual a la mayúscula H latina, de donde surgió desde el siglo VI la errónea grafía de Ihesus, y - como escribe el P. Verd- esto dio origen a un sinnúmero de interpretaciones, aunque la más popular es la “*Iesus Hominum Salvator*”, o la de los tiempos de Constantino: *In Hoc Signo vinces*. Incluso el monograma tuvo reinterpretaciones muy posteriores en otros idiomas como el inglés: *I Have Suffered*, o el alemán *Jesus Heiland Seligmacher*.

Pero el monograma recibió luego una serie de complementos iconográficos, el más importante es la cruz, que en principio se desprende del asta de la h minúscula gótica que la atraviesa horizontalmente. Posteriormente la cruz se independizó del monograma, ya sea apoyándose en la H o bien sobre ella como la ostenta en la actualidad el escudo del Papa Francisco. Se suele insertar también dentro de un sol radiante o de un círculo de ángeles en actitud adoratoria.

Lo difundieron tanto franciscanos, como Bernardino de Siena o dominicos como Vicente Ferrer, pero mucho antes lo hizo el cisterciense San Bernardo y posteriormente el jesuato Juan Colombrini.

Íñigo comenzó usando el monograma en el encabezado de sus cartas, donde le cruzaba una línea al asta de la h. Pero donde más se difundió fue en su *Sigillum Praepositi Societatis Iesu*, es decir su sello generalicio, agregándole por debajo una media luna entre dos estrellas. Esta tipología no se ha repetido excepto en documentos y libros jesuíticos, aunque si bien son de uso universal, en la Compañía de Jesús es más frecuente colocar por debajo tres clavos unidos en sus puntas representando la Pasión de Cristo. Ya desde la portada del libro de Pedro Canisio llamado *Paruus Catechismus* (1576), el monograma no solo comenzó a llevar los clavos sino también un corazón donde se hincaban.

De tal modo que en la iconografía ignaciana es inseparable el monograma Jesús, como incluso lo es en el propio San Bernardino de Siena. Pero los jesuitas lo propagaron no solo en las portadas de sus libros, sino en puertas y paredes de sus colegios y en altares de sus iglesias, como un homenaje a quien representa en definitiva a la Compañía de Jesús.

Y cabe pues detenernos en la denominación de esta organización religiosa que también se muestra confusa al relacionar a Íñigo de Loyola militar con “compañía de soldados”. Lejos de eso, el término compañía era frecuente tanto en congregaciones religiosas como en asociaciones piadosas italianas, tales como la Compagnia del San

Salvatore, della Nunziata, de Santissimo Crocifisso, della Madonna del Pianto, y hasta - como escribió el P. Iturrioz-, ya existía por entonces una Compagnia del nome di Gesù de Parma. Los compañeros de Ignacio llevaron la denominación de Compañía de Jesús antes de llegar a Roma, pues el grupo no tenía una cabeza o líder más que Jesús.

Si bien se ha escrito considerablemente sobre la Compañía de Jesús, los textos de algún tema en particular generalmente tienden a multiplicarse en la medida que los desmenuzamos, llegando a resultados que abren nuevas perspectivas al quehacer y conocimiento historiográfico. Por tanto no solo pretendemos construir una historia escrita sino que su vez desprendamos de lo analizado las variantes de estudio que nos conduzcan a visualizar realidades disímiles o reafirmaciones con nuevos elementos de análisis. O bien desde nuestra perspectiva actual y sensibilidad cultural frente a los hechos del pasado. Buscamos una veracidad que pareciera no existir, que se condiciona a múltiples factores que actúan como escollos de un camino que el tiempo no detiene. La memoria lentamente se diluye entre escritos que parecieran tener esa verdad que buscamos y se planta como definitiva, sin advertir a veces la procedencia y caracteres de quienes lo produjeron, y quedamos encadenados a la construcción de conceptos y acumulaciones adulatorias o condenatorias que lentamente distorsionan los hechos del pasado. De un pretérito del que incluso algunos momentos y personas quedaron deliberadamente negados, ocultados y por ende olvidados.

Esta revista virtual es para nosotros un desafío que procura ser un espacio para una enorme red de investigadores especialistas, jóvenes y formados, que estudian este tiempo y espacio, a quienes pretendemos publicar sus trabajos e intercambiar opiniones. Pero también a todos aquellos que no participan directamente de nuestro campo científico, comunidades de diversos ámbitos a quienes nos brindamos para aportar a nuestra propia y común identidad cultural.

*Carlos A. Page*